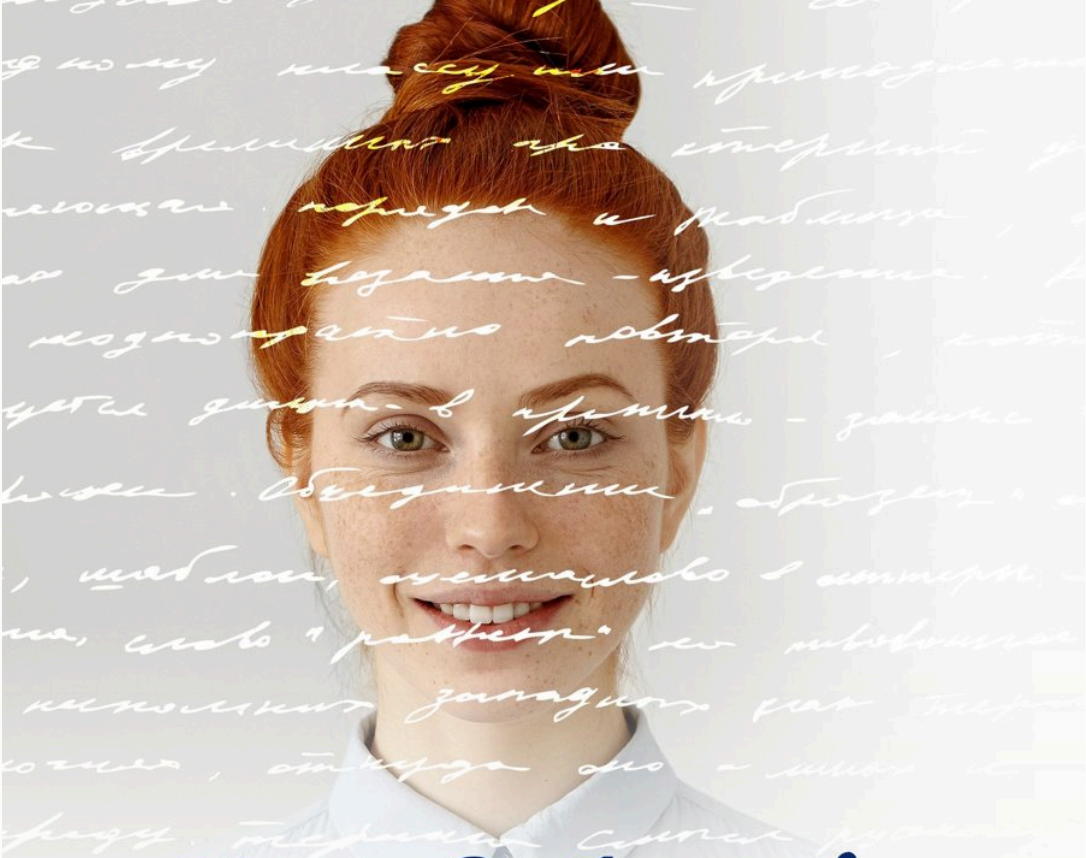


Grafología 3.0

Tinta, píxeles y algoritmos

De la lupa a las redes neuronales

Análisis de la escritura manuscrita con inteligencia artificial.
Una nueva cara científica para la grafología tradicional

RODRIGO FARÍAS VELOSO
Psicólogo y grafólogo

Grafos | GrafoMetrics
Tecnología de Evaluación Psicológica Avanzada

Grafología 3.0

Tinta, píxeles y algoritmos

De la lupa a las redes neuronales

RODRIGO FARÍAS VELOSO

Grafos | GrafoMetrics
Tecnología de Evaluación Psicológica Avanzada

Grafología 3.0. Tinta, píxeles y algoritmos.
De la lupa a las redes neuronales

© 2026 Rodrigo Farías Veloso
Instituto de Ciencias del Grafismo Grafos · Santiago de Chile
grafos.cl

Primera edición digital: noviembre de 2026.

Todas las muestras de escritura reproducidas en este libro fueron anonimizadas y se publican con el consentimiento de las personas evaluadas. Ninguna permite identificar a quien la escribió. Los nombres que aparecen dentro de los textos manuscritos son personajes de cuentos.

GrafoMetrics es una herramienta de apoyo al profesional: mide y muestra lo que mide. Las escalas de segundo orden que se presentan son experimentales. Las conclusiones sobre una persona corresponden siempre al grafólogo o psicólogo que la evalúa, y no deben basarse en un solo instrumento.

GRATITUD

Agradecimientos

Este libro tiene un solo autor en la portada, pero se escribió con la ayuda de muchas personas.

A **José Javier Simón**, mi maestro y mi amigo, que me convenció de que la grafología podía ser ordenada y científica. Sin esa convicción, este libro no existiría.

A **Amparo Botella**, por su sabiduría y su guía. Ella me señaló, con toda certeza, que para hacer esto bien hacía falta «seriedad ante todo y sentido del humor». He intentado no olvidar ninguna de las dos.

A **Salvador Martínez**, que me puso en contacto con José Javier Simón y me recibió en su casa en España. Él me reconectó con la gran comunidad grafológica hispanoamericana, de la que hasta entonces había estado lejos. Y a la comunidad de los **Premios Michon**, que semana a semana mantiene viva la llama del estudio de la escritura. Sin ellos, esta disciplina caería cada día un poco más en el olvido.

A mi querido y recordado maestro **Francisco Viñals**, de la Universidad Autónoma de Barcelona. A él le debo la comprensión profunda de lo que es el grafoanálisis, y a su obra, el gran aporte del grafoanálisis transaccional.

A **Óscar Martínez**, que creyó en mí cuando pocos lo hacían y me abrió la puerta para llevar la grafología a miles de personas a través de Groupon.

A **Claudio Stöckle**, mi hermano, que creyó en el proyecto cuando ganamos Start-Up Chile. Aunque después no siguió en él, porque partió a vivir a Australia, me ayudó a que despegara.

A **Christopher Suárez** y **Diego Díaz Espinosa**, que me acompañaron en la investigación que se cuenta en estas páginas.

A **Sebastián Urzúa**, mi alumno, que me abrió las puertas de Audiomúsica. Allí hicimos estudios con grafología que me sorprendieron, y encontramos una de las asociaciones menos intuitivas de mi carrera: los vendedores que más vendían eran los que escribían menos líneas. No era desgano, sino que eran los más activos y orientados a la acción. Eso no estaba en ningún manual.

A los clientes empresariales que confían en mí para la selección de personas, y que han incorporado GrafoMetrics para evaluar a sus candidatos. Gracias por confiarme una responsabilidad tan grande.

A todos mis alumnos, que me han enseñado tanto como yo a ellos y que cada día me motivan a hacer de la grafología una práctica mejor y más científica.

A mis pacientes, que me han enseñado mucho más de lo que esperaba. Gracias a ellos he podido llevar la grafología a mi

trabajo cotidiano como psicólogo y comprobar con mis propios ojos lo que ningún manual me habría enseñado.

Sobre todo, a mis padres y a mi Titi, mi segunda madre, por el amor, el apoyo y la comprensión que me dieron en esta locura de estudiar grafología y hacer de ella un camino de vida. A mi Titi le debo además el entusiasmo por el francés: me ayudó a traducir libros hasta que me enamoré de esa lengua y pude leer la grafología en su idioma original.

A **Sara**, mi esposa, que nunca dejó de preguntarme qué tan científica era realmente la grafología. Con amor, y sin concesiones, me animó a demostrarlo, para que pudiéramos usarla con rigor en la evaluación de nuestros pacientes bariátricos. También fue ella quien me convenció de que esta investigación merecía ser conocida.

A **Antonella Luz**, mi hijita, que es mi sol. Espero que algún día leas estas palabras y sepas a qué se dedicaba papá en esas largas horas lejos de ti, sin poder jugar contigo: estaba tratando de descubrir los secretos de la escritura humana.

Y a los investigadores que algún día lean este libro. Ojalá tomen la posta y lleven el estudio de la escritura, tan antiguo como la escritura misma, a las alturas que exigen el mundo de hoy y el de mañana.

CONTENIDO

Índice

Introducción · Lo que hacen los aficionados con los datos de la NASA

PRIMERA PARTE

Grafología 1.0 · *La lupa*

1 La lupa y el abad

INTRODUCCIÓN

Lo que hacen los aficionados con los datos de la NASA

Hoy, voluntarios que nunca estudiaron astronomía revisan datos públicos de la NASA y ayudan a descubrir planetas que giran alrededor de otras estrellas. Redes neuronales entrenadas con esos mismos datos han encontrado mundos que ningún ojo humano había visto. Las técnicas de análisis de imágenes y de aprendizaje automático que hace pocos años vivían en laboratorios se volvieron una caja de herramientas que cualquiera con curiosidad y paciencia puede abrir.

Ahora te hago una pregunta. ¿Qué pasaría si siguiéramos mirando el cielo con el telescopio de Galileo? Veríamos a Júpiter como un puntito con cuatro lunas alrededor, y estaríamos felices. Hoy lo vemos con sus tormentas, sus franjas y hasta sus auroras. No es que Galileo mirara mal. Es que su instrumento llegaba hasta ahí.

Con la grafología ocurre lo mismo. La grafología clásica no estaba equivocada: era nuestro telescopio de Galileo. Con ella aprendimos a reconocer en la escritura patrones, rasgos y tendencias de la personalidad que la propia persona no controla del todo, porque escribe pensando en lo que dice y no en cómo lo escribe. Esa es su mayor riqueza, y es justamente lo

que la vuelve tan valiosa en esta época: la escritura deja una huella de lo inconsciente que es muy difícil de falsear. Estoy convencido de que eso ninguna máquina lo va a reemplazar, porque lo que se estudia no es la máquina, sino al ser humano en toda su complejidad. Lo que sí puede cambiar, y está cambiando, es el instrumento con que miramos.

Este libro cuenta qué ocurre cuando esa misma caja de herramientas se aplica a algo mucho más cercano que una estrella a mil años luz: la escritura manuscrita. Y para contártelo, tengo que empezar por el principio. No por una máquina, sino por una pregunta.

Todo empezó con una pregunta

Llevo muchos años enseñando grafología. Por mis cursos han pasado más de nueve mil personas, y eso me ha regalado algo valioso: alumnos que me han dejado sin palabras.

Uno de ellos me dijo un día: «Profe, ¿no nos podría dar algo para ordenar el análisis? Porque me quedo atrapado en los gestos tipo y de ahí no salgo».

Tenía razón. Un análisis grafológico tiene tantas cosas que mirar que es fácil perderse. Así que hice algo muy humilde: una planilla de Excel. Una lista de chequeo, nada más. Cada rasgo en una fila, para mirarlo, anotarlo y no olvidar ninguno.

En esa planilla junté lo mejor de lo que había aprendido de mis maestros. El orden de José Javier Simón, que me encantaba. Las escuelas clásicas de Vels, de Viñals, del padre Moretti. Y

algo de la psicología profunda: los tipos psicológicos de Jung, que había estudiado a fondo al certificarme en el inventario de Tipos Psicológicos MBTI. No inventé nada nuevo. Lo junté, lo integré. Por eso lo llamé **Grafoanálisis Integrativo**. Así, por lo demás, se hace la ciencia: sobre los hombros de mucha gente que trabajó antes que uno.

¿Cuándo es un 8 y cuándo es un 7?

Cuando hice el posgrado de Grafopsicología en la Universidad Autónoma de Barcelona, me enteré de que ya existían otras planillas de análisis grafológico, llamadas estratégicamente «planillas de grafoanálisis» para resaltar la objetividad de su registro. Pero las planillas de grafoanálisis que yo había aprendido de Vels y de Viñals tenían un problema incómodo. Parecían objetivas, pero escondían una subjetividad tremenda: había que calificar cada rasgo con un número según fuera o no una dominante, y ese número lo ponía el ojo del grafólogo.

En grafología hablamos de **dominantes**: los rasgos que más destacan en una escritura y que orientan toda la interpretación. Son el esqueleto de la personalidad. Algunos de mis maestros las ponderaban con una nota: del 3 al 6 si el rasgo era subdominante, y del 7 al 9 si era dominante. Y yo le hice a Francisco Viñals, mi profesor, la misma pregunta una y otra vez:

—Profesor, ¿y cuándo es un 8 y cuándo es un 7? Si en una escritura predomina el negro, eso es un 9. Pero ¿cuánto es un 6?

Esa pregunta nunca tuvo respuesta. No porque Viñals no supiera grafología, que sabía muchísima, sino porque con una lupa y un ojo entrenado no había forma de contestarla. Guarda esa pregunta, porque este libro, de alguna manera, es su respuesta.

La noche en que me metí al código

Enseño grafología en clases presenciales desde 2002. En 2005 me atreví con algo nuevo: un curso en línea. En esa época casi nadie sabía cómo enseñar detrás de una pantalla, así que tuve que inventar un poco. Mi rudimentaria aula virtual eran las presentaciones de mis cursos convertidas en imágenes hechas con el programa Flash, unas lecturas en PDF, algunas clases en vivo por Skype (dos programas que hoy ya no existen, aunque quizás alguno los recuerde) y un ingenioso sistema de preguntas de alternativas que se corregían solas, obra de un amigo informático.

Fue lo que en marketing se conoce como un negocio bambú, un modelo muy estudiado: el bambú pasa años echando raíces bajo tierra sin que se vea nada en la superficie, y de pronto crece varios metros en pocas semanas. En cuatro años, mi curso lo tomaron veinte personas. El aula funcionaba razonablemente bien, con sus limitaciones.

Hasta que un día se me ocurrió hacer un convenio con Groupon, el sitio de cupones de descuento. Nadie le daba muchas posibilidades a un curso de grafología. Resultó un éxito comercial: **más de cuatrocientas personas lo compraron solo la**

primera noche. Según supe después, fue el primer curso en línea que Groupon vendió con éxito en el mundo, y el modelo terminó replicándose en otros países. Los gerentes no podían creer las cifras que veían. La humilde grafología, al parecer, interesaba mucho más de lo que ellos imaginaban.

A la mañana siguiente, mi bandeja de entrada estaba repleta. Decenas de alumnos nuevos pedían explicaciones: los enlaces no funcionaban. No es lo mismo que entren veinte personas a un aula que cuatrocientas al mismo tiempo. Y mi amigo informático era tan introvertido que, casi por política de vida, nunca contestaba el teléfono antes de una semana.

No había tiempo para esperar. En la desesperación abrí el código del aula sin saber muy bien qué estaba mirando. Probé, me equivoqué, volví a probar, y en menos de una semana el aula volvió a funcionar. Te confieso que no entendí del todo qué había arreglado.

Pero esa semana me dejó una idea sembrada: si tenía un negocio de enseñanza en línea, más me valía aprender a programar. Así nació mi interés por la informática. No fue una vocación académica, sino una necesidad urgente.

Nunca imaginé adónde me llevaría. El cruce de dos disciplinas tan distintas, una ancestral y algo misteriosa como la grafología y otra hecha de lógica y funcionamiento como la informática, me abrió fronteras que antes eran insospechadas.

Lo primero que hice con lo aprendido fue volver a mi planilla. Y apareció una idea: ¿qué pasaría si esa planilla de Excel se transformara en una aplicación? Un programa donde uno ingresara los rasgos en orden, que ponderara solo las dominantes y que, al final, entregara un informe con gráficos. Lo construí. Funcionaba. Era más rápido, más ordenado, más limpio. Con algo de práctica, ingresar una escritura completa no tomaba más de cinco minutos.

Pero seguía habiendo otra pregunta en clase.

Lo blanco y lo negro

Era una discusión que no terminaba nunca: «Profe, ¿en esta escritura predomina el blanco o el negro?».

Para quien no es grafólogo, te lo explico en una frase: **el negro es la persona hablando; el blanco es la persona pensando**. Una hoja muy cargada de tinta suele acompañar a alguien más expresivo, más volcado hacia afuera. Una hoja con mucho espacio libre, a alguien más reservado, que se toma su tiempo. No es el único indicador, por supuesto, pero es uno de los más importantes.

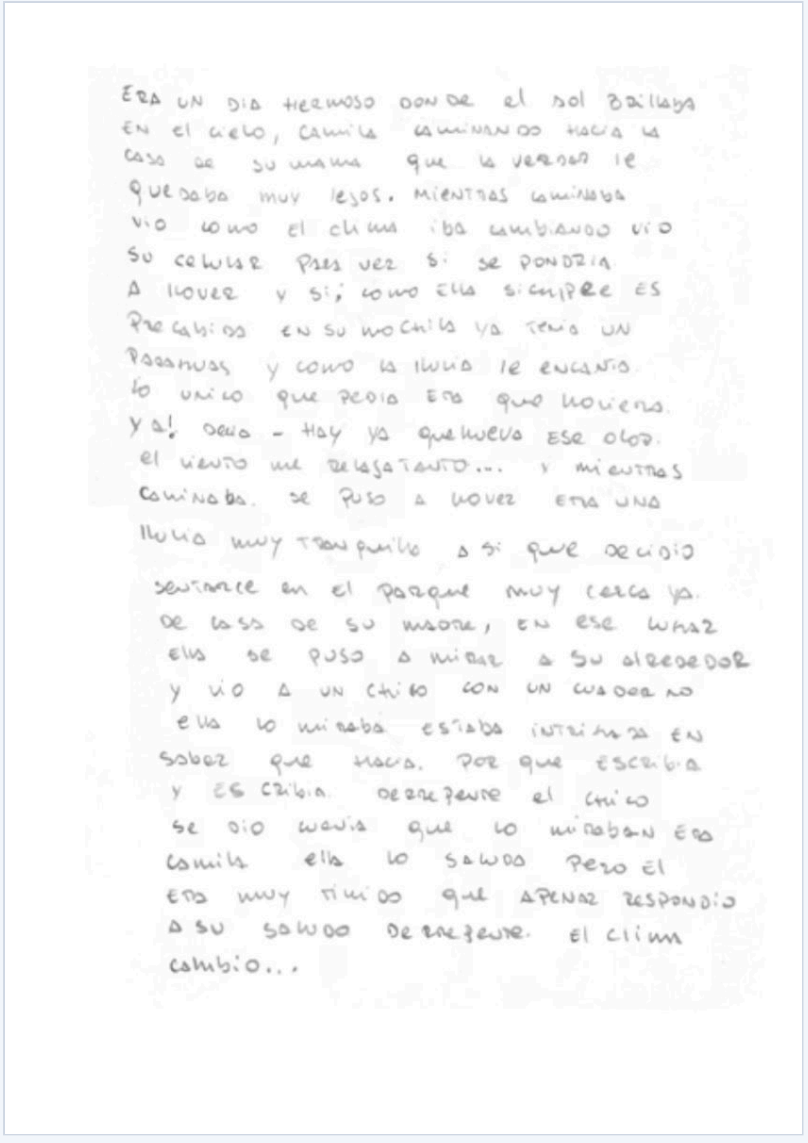
El problema es que cada grafólogo veía algo distinto. Las respuestas eran más emocionales que objetivas, y las discusiones se volvían bizantinas.

Ahora te toca a ti.

Mira la escritura de la lámina siguiente. No la leas: mírala como un todo, como si fuera una mancha. Y antes de pasar la página, responde: **¿qué porcentaje de esta hoja crees que está cubierto de tinta?**

Anota tu número. En serio, anótalo.

LÁMINA 1



¿Qué porcentaje de esta hoja está cubierto de tinta? Anota tu respuesta antes de seguir.

Lo que respondieron los grafólogos

Hice esta misma pregunta en una clase abierta para grafólogos, con un centenar de inscritos de varios países. Las respuestas empezaron a llegar al chat: 6, 30, 40, 45, 50, 60, 70.

Imagínate. Supuestamente éramos todos grafólogos, mirando la misma hoja, y no había dos opiniones iguales. La persona que estuvo más cerca dijo un 8 %.

Y no te preocupes si tu número estaba lejos. Yo también me equivoqué al principio. Lo que acabas de vivir no es un error tuyo: es el límite de un instrumento, y ese instrumento es el ojo humano.

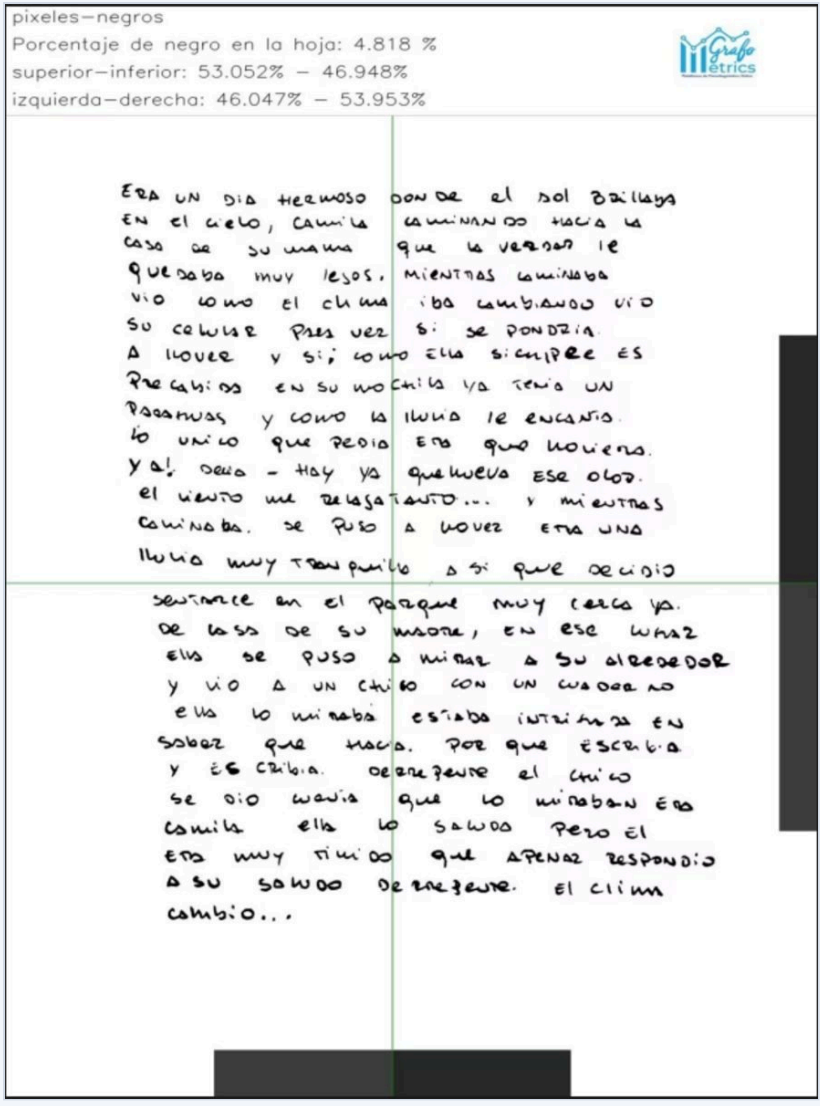
Entonces contamos los píxeles

Antes de seguir, una palabra que vas a leer muchas veces en este libro: **píxel**. Cuando escaneas una hoja, el computador la divide en una cuadrícula de millones de puntitos diminutos, como un mosaico de baldosas tan pequeñas que a simple vista no se notan. Cada baldosa es un píxel. Y cada píxel se puede contar.

Así que escribí un pequeño programa que separaba la tinta del papel y contaba cuántos píxeles eran negros.

La hoja que acabas de ver tiene un **4,8 %** de píxeles negros.

LÁMINA 2



La misma hoja, binarizada por el software: 4,818 % de píxeles negros. Las líneas dividen la hoja en cuadrantes para ver dónde se concentra la tinta.

Cuando vi ese resultado por primera vez, estuve seguro de que el software tenía una falla. ¿Un 4,8 %? Si la hoja parecía llena de tinta. Revisé el programa. Lo volví a ejecutar. Y no: el software funcionaba perfectamente. **El ojo humano nos había engañado.**

Y había algo más: si le envío esa misma hoja a un colega en Ecuador o en España, el programa le dará exactamente el mismo número. Eso es lo que buscamos cuando hablamos de ciencia. Cómo se cuentan millones de píxeles en segundos, y por qué el ojo infla la tinta, te lo explico con calma en el capítulo 4.

Eso fue lo que de verdad me deslumbró. Así como la astronomía estudia lo inmensamente grande, aquí se abría la puerta para estudiar lo inmensamente pequeño: los píxeles y los microgestos gráficos que, sumados, dibujan una personalidad. El lenguaje no verbal de una persona, congelado en el papel.

El nacimiento de los percentiles

Pero apareció otra pregunta, y esta era más difícil. ¿Qué significa un 4,8 %? ¿Es mucho? ¿Es poco?

Un número aislado no dice nada. Entonces recordé mis clases de estadística: lo que había que hacer era comparar esa hoja con muchas otras. Transformar el puntaje bruto en un **percentil**, una escalera de 1 a 100 que dice en qué peldaño está una persona respecto de todas las demás.

Comparamos esa hoja con las escrituras de unas 940 personas. Y el resultado fue que ese 4,8 % correspondía al **percentil 67**. Es decir, aproximadamente dos de cada tres personas de la muestra escriben con menos tinta que ella.

¿Te das cuenta de lo que eso significa? Los colegas que respondieron «70» no andaban tan perdidos. Su intuición sobre la *posición* de esa escritura era razonable. Lo que el cerebro no pudo hacer fue el salto entre la impresión y la medida exacta. Esa es, en una frase, la diferencia entre mirar y medir.

Y el percentil trajo algo más. Cada rasgo se mide en una unidad distinta: la tinta en porcentaje, la inclinación en grados, los márgenes en centímetros, el tamaño en milímetros. Hasta entonces era imposible compararlos entre sí. Con los percentiles, por primera vez, todos los rasgos hablaban el mismo idioma. Y un rasgo que supera el percentil 70 en una escritura destaca claramente frente al resto de la población.

Eso tiene un nombre en grafología: una **dominante**.

Después de tantos años, tenía una respuesta para la pregunta que le hice tantas veces a Viñals. Cuándo es un 8 y cuándo es un 7 ya no dependía de la impresión de nadie. Dependía de cómo escribe la gente de verdad.

No era el primero

Estaba convencido de que era el primero en mirar la escritura con un computador. No lo era. Desde hace décadas, investigadores en Estados Unidos, Rusia, Irán, India y muchos otros lu-

gares venían intentando que una máquina leyera y midiera la escritura manuscrita. Uno de ellos, el ruso Yuri Chernov, se hacía exactamente las mismas preguntas que yo. En este libro vas a conocerlos.

Lo que sí hicimos nosotros fue tomar esa pequeña revelación de los píxeles negros y llevarla mucho más lejos. Después vinieron un equipo, un fondo del Estado de Chile, un nombre (primero Inksight, después GrafoMetrics) y cientos de mediciones nuevas. Pero todo empezó ahí: con una planilla de Excel, una pregunta sin respuesta y una hoja que parecía llena de tinta.

La semilla que creí perdida

Medir era solo la mitad del camino. La otra mitad era la pregunta que siempre le han hecho a la grafología, y con justa razón: ¿esas medidas dicen algo de la persona?

Para responderla diseñamos un estudio en condiciones controladas. Decenas de personas escribieron una historia y respondieron tests psicológicos validados, de los que se usan en clínicas y empresas de todo el mundo. Después cruzamos ambos mundos: lo que el software medía en la escritura y lo que los tests decían de la personalidad.

Durante años conté en mis clases que ese estudio existía. Pero sus tablas no estaban en ninguna parte, y llegué a darlas por perdidas. Mientras terminaba este libro, las encontré en un archivo antiguo.

Y dicen algo que vale la pena contar con calma. Algunos de los rasgos que la grafología describió hace más de un siglo, medidos ahora por una máquina, se asociaron con la personalidad más allá de lo que puede explicar el azar. No todos, y no con la fuerza que a uno le gustaría. Pero es la primera semilla de evidencia que la grafología necesitaba, y en el capítulo 11 te la muestro completa: lo que apareció, lo que no y lo que falta por hacer.

Lo que viene en estas páginas

Hoy GrafoMetrics calcula más de doscientos indicadores de una escritura: espacios, márgenes, direcciones, formas, cohesión, firma y la presión del trazo. De ellos, 40 ya tienen una norma poblacional en la primera hoja y 53 en la segunda. Cada medición se compara con la de una población real y se dibuja encima de la propia escritura, para que el grafólogo vea exactamente qué se midió. Aquí no hay caja negra. El software no decide: mide. Decide el grafólogo.

En estas páginas te voy a mostrar cómo se ve eso: muestras reales, anonimizadas, con sus mediciones dibujadas encima, como las láminas de un libro de botánica. Vas a ver qué descubrimos con datos reales. Y vas a ver algo que, en nuestras pruebas, la inteligencia artificial todavía no logra copiar: la forma de una letra se imita fácilmente, pero el pulso de la mano que la escribió es mucho más difícil de falsificar. Te contaré también dónde ese hallazgo falla, porque un resultado que solo muestra sus aciertos no es ciencia: es publicidad.

Y te voy a contar dónde está el techo. La escritura humana, como el clima o la personalidad, es un sistema tan complejo que medirla con reglas tiene un límite. Para ir más allá hay que cambiar de paradigma: dejar de programar reglas y empezar a enseñarle a una máquina con ejemplos. Esa es la próxima frontera, y está más cerca de lo que parece.

Eso es una promesa de método, y quiero ser claro con el resto.

No encontrarás aquí la fantasía de que un signo en una letra revela quién eres. Los efectos que hemos medido son pequeños: útiles para entender poblaciones y para orientar la mirada de un profesional, no para decidir el destino de una persona. Te contaré lo que funcionó y también lo que no, incluida una escala experimental que mejoró en todo lo que podíamos medir dentro de la escritura, pero que todavía no encuentra su eco fuera de ella. Creo que esa honestidad es lo más valioso que puede ofrecer hoy una disciplina que ha sufrido tanto por prometer de más.

Hoy, cuando la inteligencia artificial está en todas partes, cualquiera con curiosidad puede investigar lo que quiera, y todo lo que ya está hecho puede mejorarse. En eso estamos. Otros eligieron predecir cómo se pliegan las proteínas o buscar supernovas escurridizas. Yo elegí la escritura.

Tres épocas, un mismo protagonista

El protagonista de este libro no soy yo. Es el estudio de la escritura, que ha vivido tres épocas.

La primera, la de la lupa: el ojo humano, la intuición y la paciencia. La segunda, la de la planilla y el computador: los primeros intentos de medir, ordenar y comparar. La tercera, la del algoritmo y la inteligencia artificial, en la que estamos entrando ahora y cuyos límites aún no conocemos.

Llamarla «Grafología 3.0» es una licencia de entusiasmo. No significa que todo esté resuelto, sino que algo cambió para siempre en la forma de mirar. Y no es una despedida del grafólogo: es el momento en que el grafólogo de hoy, con mejores herramientas, ve más lejos que el de ayer. Como quien cambia el telescopio de Galileo por uno que le muestra las auroras de Júpiter.

Si alguna vez te preguntaste si la escritura puede estudiarse con la seriedad de una ciencia, este libro es una invitación a mirar la evidencia conmigo. Y si ya eres grafólogo, psicólogo o simplemente alguien curioso, te invito a algo más sencillo y más emocionante: a darle la vuelta a la hoja.

RODRIGO FARÍAS VELOSO

Santiago de Chile, noviembre de 2026

¿Te está gustando?

La introducción es solo el comienzo. Asegura el libro completo al precio de preventa y recíbelo en tu correo.

Quiero el libro completo

Reservar sin pagar · Preventa: US$ 9,99 · $9.900 CLP

PRIMERA PARTE

Grafología 1.0

La lupa

Durante más de un siglo, estudiar la escritura significó una hoja, una lupa y un ojo entrenado. Así nació la disciplina, y así se toparon sus fundadores con su primer gran límite.

CAPÍTULO 1

La lupa y el abad

Antes de contarte la historia, te propongo un pequeño experimento. Toma un lápiz y una hoja. Escribe tu nombre completo, como lo harías en cualquier formulario. Ahora escríbelo de nuevo, pero esta vez con la letra que te enseñaron en tus primeros años de colegio, letra por letra, tal como venía en el cuaderno de caligrafía.

¿Notaste la diferencia? La primera vez tu mano voló sola. La segunda tuviste que pensar cada curva, y probablemente te salió más lenta, más rígida y bastante más fea.

Eso que acabas de sentir es el punto de partida de la grafología.

La escritura es un gesto

Escribir es una habilidad aprendida. Al principio nos cuesta muchísimo: hay que pensar cada letra, cada unión, cada línea. Pero con la práctica el movimiento se automatiza, hasta que un día dejamos de pensar en cómo escribimos y pensamos solo en qué escribimos. A partir de ese momento, la mano trabaja por su cuenta.

Y aquí viene lo interesante. Desde el primer día, cada persona va modificando el modelo caligráfico que le enseñaron. Una letra se inclina un poco más, otra se achica, los márgenes se

ensanchan o se estrechan, la presión se vuelve firme o ligera. Nadie decide hacerlo. Simplemente pasa, y pasa de una manera distinta en cada persona. Por eso tu escritura es tan tuya como tu huella digital.

La grafología estudia justamente esas desviaciones respecto del modelo aprendido. Son patrones motores únicos, y su forma y su dinámica permiten formular hipótesis sobre la personalidad de quien escribe.

Funciona de manera parecida al lenguaje no verbal. Cuando conversas con alguien, no solo escuchas sus palabras: también miras sus gestos, su postura, el tono de su voz. Muchas veces eso dice más que lo que la persona cuenta. La escritura manuscrita es la huella de ese lenguaje no verbal, solo que en vez de quedar en el aire, queda fijada en el papel.

LÁMINA 3

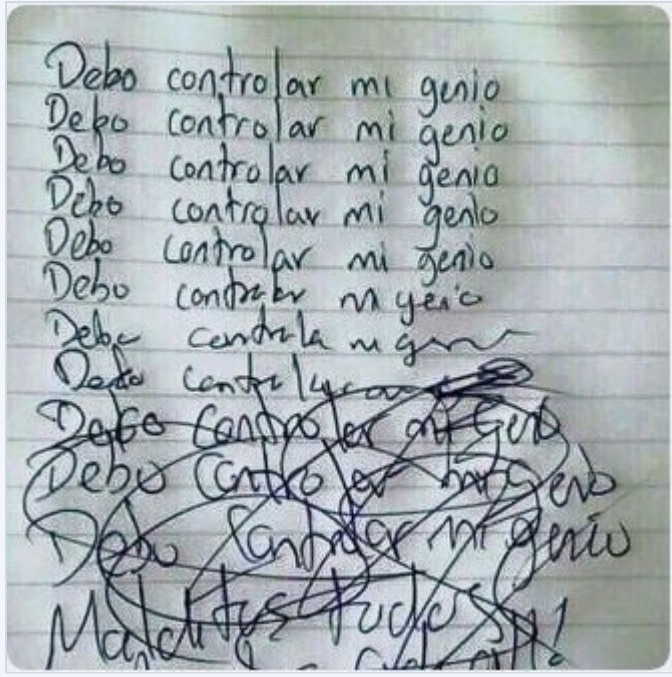


La escritura es la huella de un movimiento: como si una bailarina dejara su recorrido dibujado en el papel.

Piensa en una bailarina que avanza sobre una hoja gigante. Si su punta dejara una marca de tinta, el trazo final contaría cómo bailó: dónde dudó, dónde aceleró, dónde se detuvo a tomar aire. La escritura es exactamente eso: la huella de un movimiento.

Y ese movimiento no es ajeno a lo que sentimos. Mira esta otra lámina. Circula por internet desde hace años, y no sé quién la escribió, pero no conozco una forma más simpática de mostrar cómo una emoción se mete en la mano.

LÁMINA 4



«Debo controlar mi genio». Una imagen anónima que circula en internet: el texto dice una cosa y el trazo, otra.

Las primeras líneas son ordenadas y obedientes. Poco a poco la letra se descompone, la presión aumenta, las líneas se desordenan, y al final la paciencia se rinde. Lo que la persona es-

cribe dice «debo controlar mi genio». Lo que su escritura muestra es que no lo está logrando.

Ahora bien, ¿desde cuándo nos damos cuenta de esto?

Un librito de Bolonia

En 1622, en Bolonia, un profesor universitario llamado Camillo Baldi publicó un librito con un título larguísimo, como se usaba entonces: *Tratado de cómo, a partir de una carta, se conocen la naturaleza y las cualidades de quien la escribe*. Es, hasta donde sabemos, el primer estudio detallado sobre la idea que recorre todo este libro: que la manera en que alguien escribe dice algo de quién es.

Baldi no tenía un método ni una escuela. Tenía una intuición y la curiosidad suficiente para ponerla por escrito. Pasarían casi dos siglos y medio antes de que alguien convirtiera esa intuición en una disciplina.

LÁMINA 5



Tres siglos de grafología a ojo: de la primera intuición de Baldi al mapa simbólico de Pulver. Todos trabajaron con el mismo instrumento: la mirada humana.

Un cura que miraba piedras, plantas y letras

Jean-Hippolyte Michon nació en 1806 en un pueblo de Corrèze, en el centro de Francia. Se ordenó sacerdote en 1830, pero su verdadera vocación fue la de observador. Estudió los monumentos galorromanos de la región de Charente y escribió un tratado sobre ellos. En 1850 viajó a Oriente Medio en una misión científica, como arqueólogo y como botánico.

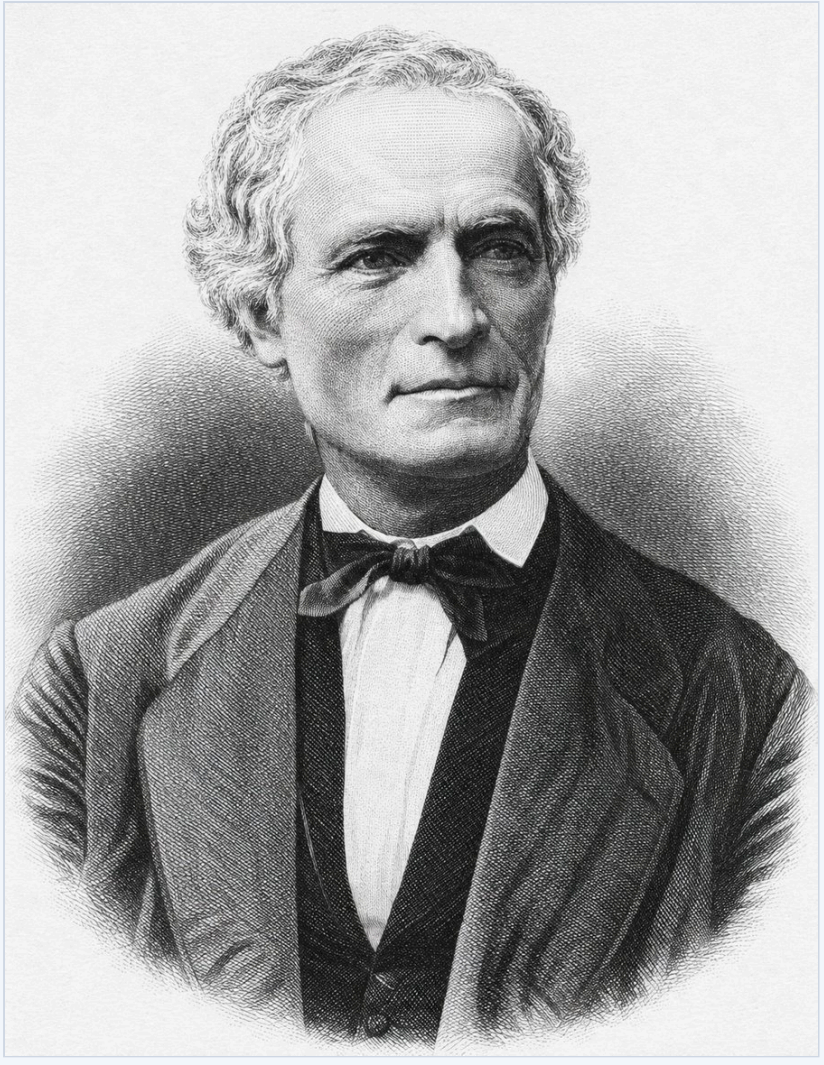
Vale la pena detenerse en ese detalle. Un botánico de su época salía al campo, recogía una planta, la dibujaba con cuidado, anotaba sus rasgos y la comparaba con otras hasta poder clasificarla. Michon hizo exactamente eso con la escritura manuscrita. Durante años juntó cartas, firmas y manuscritos, y fue anotando qué forma de escribir parecía acompañar a qué forma de ser.

No era un hombre cómodo para la Iglesia. Dejó el ejercicio formal del sacerdocio en 1842, y en 1860 publicó un libro sobre la renovación de la Iglesia que terminó en el Índice de libros prohibidos. Tampoco era cómodo para los ocultistas. En 1868 conoció a Adolphe Desbarrolles, un quiromántico que leía el destino en las líneas de la mano, y decidieron escribir juntos sobre la escritura. El libro salió en 1872, *Los misterios de la escritura*, pero Michon se opuso al enfoque esotérico de su compañero. Él no quería adivinar el destino: quería observar.

El 18 de noviembre de 1871 publicó el primer número de una revista, el *Journal des Autographes*, y en sus páginas aparece por primera vez una palabra nueva: **grafología**. Cuatro años después, en 1875, presentó su *Sistema de grafología*, y en 1878

un *Método práctico*. Recorrió Francia y otras ciudades de Europa dando conferencias. Murió en 1881.

LÁMINA 6



Jean-Hippolyte Michon (1806-1881), en un grabado de la época. Sacerdote, arqueólogo, botánico y el primero en llamar «grafología» al estudio de la escritura.

El aporte de Michon fue enorme y tuvo un límite claro. Su sistema funcionaba como un diccionario de signos: un rasgo de la escritura correspondía a un rasgo del carácter. Era ordenado, enseñable y fácil de aplicar. Y por lo mismo era frágil, porque una persona no es una suma de signos sueltos.

El dentista que puso orden

Quien vio ese límite fue un dentista. Jules Crépieux-Jamin nació en Arras en 1859, ejerció en Rouen y dedicó su vida entera a la grafología. Admiraba a Michon, lo estudió a fondo y lo corrigió.

En 1888 publicó *La escritura y el carácter*, y con los años ordenó los signos que Michon había descrito en siete grandes géneros: dimensión, forma, presión, velocidad, dirección, orden y continuidad. Su clasificación llegó a reunir 175 signos. Era, por primera vez, una lista completa de cosas que mirar en una escritura, una por una.

Pero su idea más importante no fue la lista. Fue advertir que **un signo no tiene un valor fijo**. Lo que significa depende de los demás rasgos que lo acompañan en la misma escritura. Una presión fuerte no dice lo mismo en una escritura ordenada que en una caótica. Con esa idea, la grafología dejó de ser un diccionario y empezó a ser un método de análisis.

Guarda esa lista de 175 signos en la memoria. Combinados entre sí, dan más escrituras posibles que átomos hay en el universo, y en el último capítulo te mostraré la cuenta. Más de un

siglo después, una lista parecida, pero en una planilla de Excel, iba a cambiar el rumbo de esta historia.

El filósofo del ritmo

Mientras los franceses clasificaban, en Alemania alguien miraba la escritura desde otro lugar. Ludwig Klages nació en Hannover en 1872. En 1896 participó en la fundación de la Sociedad Grafológica Alemana, y en 1917 publicó su obra principal sobre el tema, *Escritura y carácter*.

Klages fue un pensador complejo, y varias de sus ideas fuera de la grafología han sido objeto de fuertes críticas. En lo que nos importa aquí, su aporte fue mirar la escritura como un todo antes que como un conjunto de partes. Se le asocia con dos conceptos que siguen vivos. El primero es el **nivel de forma**: la impresión general de armonía, originalidad y vitalidad de una escritura, que tiñe la lectura de todos sus detalles. El segundo es el **ritmo**: la pulsación viva del movimiento, distinta de la simple regularidad mecánica.

Klages veía la escritura como la huella de un movimiento. Esa intuición, que entonces solo podía apreciarse a ojo, es la misma que hoy permite medir la presión del trazo. Volveremos a ella en el capítulo 9.

El hombre que dibujó una cruz

El cuarto personaje es suizo. Max Pulver nació en Berna en 1889 y murió en Zúrich en 1952. Fue escritor, filósofo, psicoanalista y grafólogo, y en 1950 fundó la Sociedad Suiza de Gra-

fología. En 1931 publicó *El simbolismo de la escritura*, influido por las ideas de Carl Gustav Jung.

Pulver propuso algo sencillo y poderoso: mirar la hoja como un espacio con significado. Imaginó una cruz sobre ella. Arriba quedaba lo espiritual, lo intelectual, lo consciente. Abajo, lo material, lo instintivo, las necesidades del cuerpo. A la izquierda, el pasado y el propio yo. A la derecha, los demás y el futuro. En el centro, el presente.

LÁMINA 7



La cruz simbólica de Max Pulver. La hoja deja de ser un fondo neutro y se vuelve un espacio con significado. Si la posición de un trazo significa algo, entonces también se puede medir.

Su frase más citada lo resume todo: **«Quien escribe confecciona su propio retrato»**.

La cruz de Pulver se sigue enseñando en todas las escuelas de grafología. Y tiene una consecuencia que él no podía prever. Si la hoja es un espacio con significado, entonces la posición de cada trazo en ese espacio es un dato. Y un dato, tarde o temprano, se puede medir.

Cuatro miradas y un mismo instrumento

Baldi tuvo la intuición. Michon le dio un nombre y un sistema. Crépieux-Jamin le dio orden y contexto. Klages le dio una mirada de conjunto y la idea del movimiento. Pulver le dio un mapa.

Fueron hombres brillantes, y muchas de sus observaciones siguen siendo útiles. Pero todos trabajaron con el mismo instrumento: el ojo humano, ayudado a veces por una lupa y una regla. Todo lo que dijeron pasó por la percepción de alguien que miraba una hoja y decidía qué veía.

Ese instrumento es extraordinario. También es el protagonista del próximo capítulo, porque tiene un problema que ninguno de ellos podía resolver con las herramientas de su época.

Aquí termina la muestra.
La historia sigue en trece capítulos más.

¿Quieres saber cómo sigue?

Faltan trece capítulos: los píxeles negros, el estudio con el MBTI y el NEO-PI-R, la presión del trazo, la IA que escribe a mano y lo que salió mal. Todo con datos reales.

Quiero el libro completo

Reservar sin pagar · Preventa: US$ 9,99 · $9.900 CLP